

Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho

**CUADERNO** **12**  
2023

**SIEMPRE ES DESGRACIA PARA LA  
LIBERTAD QUE LA LIBERTAD SEA  
UN PARTIDO**



**SIEMPRE ES DESGRACIA PARA LA  
LIBERTAD QUE LA LIBERTAD SEA  
UN PARTIDO**

[www.cubaproxima.org](http://www.cubaproxima.org)

**JUNTA DIRECTIVA:**

Roberto Veiga González, Director.

Michel Fernández Pérez, Vicedirector.

Lennier López, Supervisor Académico.

Alexei Padilla Herrera

David Corcho Hernández

Elena Larrinaga

Enrique Guzmán Karell

Massiel Rubio

Guennady Rodríguez

Ivette García González

Jorge Masetti

Julio Antonio Fernández Estrada



Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho

# 01

PRESENTACIÓN

---

# 02

EL FUTURO DE LA POLÍTICA: ¿INCOMPATIBLE  
CON LAS PLATAFORMAS POLÍTICAS PROGRA-  
MÁTICAS?

Por Roberto Veiga González.

---

LOS FUTUROS PARTIDOS POLÍTICOS DE CUBA: ENTRE LA FIC-  
CIÓN Y LAS CIENCIAS POLÍTICAS.

Jorge Ignacio Domínguez

# 10

CAPÍTULO 1

---

# 12

CAPÍTULO 2.

---

# 14

CAPÍTULO 3.

---

16      CAPÍTULO 4.

---

19      CAPÍTULO 5.

---

23      CAPÍTULO 6.

---

25      CAPÍTULO 7.

---

27      CAPÍTULO 8.

---

29      SIEMPRE ES DESGRACIA PARA LA LIBERTAD  
QUE LA LIBERTAD SEA UN PARTIDO.  
Roberto Veiga González

---

31      AUTORES

---

# PRESENTACIÓN

---

El Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho y Políticas Públicas **Cuba Próxima** compila en este cuaderno textos del profesor Jorge Ignacio Domínguez y de Roberto Veiga González acerca de los partidos políticos -un tema esencial de la política, que además ha sido controversial-.

El profesor Domínguez, en ocho textos, aplica como soporte su investigación politológica para ficcional -desde el realismo del dominio científico de los datos que emplea- en torno a las plurales proyecciones políticas de la Cuba próxima. Veiga, en un texto, esboza el recorrido histórico de la formación de estas agrupaciones y, en otro, muestra la labor de José Martí en tal sentido y lo que esta puede ofrecer a la actual realidad política cubana.

### **Introducción.**

En la actualidad se debate, con mucha fuerza, acerca de la pertinencia y legitimidad de los partidos políticos. El presente trabajo sólo intenta esbozar, brevemente, un recorrido histórico-teórico del surgimiento e institucionalización de los partidos políticos. Para ello, tomo consideraciones de diversos documentos, pero asumo como referente principal la obra titulada *Los partidos políticos*, de Maurice Duverger.

### **Generalidades**

Los partidos políticos son grupos organizados, siempre con una plataforma, ante todo ideológica, y con un programa definido. Esta noción sostiene, además, que cuando el sustento de dicha plataforma es religioso o de índole análoga, estos partidos proyectan una influencia totalitaria sobre sus miembros y, cuando pueden, sobre toda la sociedad. Asimismo, reconoce que la constitución de los partidos políticos en las diversas sociedades quizás no responda a dos clases sociales, en sentido riguroso, pero sí se ha caracterizado por dos mentalidades, dos actitudes sociales, dos géneros de vida, cuya distinción aclara a su vez ciertos problemas referentes a la diversidad y estructuras de los partidos.

Sin embargo, históricamente han llamado partidos a las facciones que dividían a las repúblicas antiguas, a los clubes donde se reunían los diputados, a los comités que preparaban las elecciones censatarias de las monarquías constitucionales, así como a las organizaciones populares que enmarcan a la opinión pública en las sociedades modernas. No obstante, en 1850, excepto en Estados Unidos, ningún país conocía partidos políticos en el sentido moderno; sino solo tendencias de opiniones, clubes populares, asociaciones de pensamiento y grupos parlamentarios, etcétera. El desarrollo de los partidos políticos estuvo ligado a la evolución de la democracia, la extensión del sufragio popular y las prerrogativas parlamentarias. Sin embargo, desde sus inicios sí ha respondido a la tendencia de agruparse por afinidades sociopolíticas.

### **Origen de los partidos**

De entre las dinámicas progresivas que condujeron a la constitución de partidos políticos, tal vez la creación de parlamentos y de grupos parlamentarios, sea la primigenia. Los parlamentarios necesitaron una relación con los electores, capaz de asegurar su elección y permanencia en dicha institución de poder. En tal sentido, la extensión del sufragio popular hizo necesaria la organización de nuevos electores y, para ello, se potenciaron los llamados comités electorales. Del mismo modo, se generó una práctica encaminada a garantizar relaciones de compromisos entre los ministros de los gabinetes y los diputados. Posteriormente, en varios lugares se concedió a los vencedores la facultad de designar los puestos de funcionarios y, para ello, colocaron poderosos medios materiales a disposición de los comités. Cuando todas estas relaciones fueron pasando del plano personal al institucional, resultaron constituidos los partidos políticos.

En este proceso, unas veces los comités electorales crearon centros para coordinar todo lo anterior y, en otras ocasiones, centros ya establecidos crearon comités locales. Sin embargo, hubo una inclinación a favor de procurar la máxima autonomía, tanto para los comités locales, como para los centros que se consolidaban. De la misma manera, el motor esencial de los grupos parlamentarios no fue la comunidad de doctrina política, sino la vecindad geográfica y la voluntad de defensa profesional, la doctrina se incorporó después. En tal sentido, al desarrollarse, en el quehacer parlamentario y partidista, la integración entre opiniones acerca de “lo local” y de “lo regional”, y en torno a los problemas fundamentales de la política del país,



se fueron consolidando plataformas políticas e ideológicas, que debían sostener las particularidades de los afines agrupados en partidos políticos. Se evoluciona, de este modo, hacia la doctrina. En tal sentido, en muchos casos fueron las “sociedades de pensamiento” y los “periódicos” quienes consiguieron las primeras concreciones doctrinales.

No obstante, debemos tener claro que muchos partidos políticos, sobre todo en épocas posteriores, no emanaron de la actividad parlamentaria, ni de una relación entre los diputados y los electores, sino de la voluntad de instituciones ya existentes; por ejemplo: de sindicatos, de la Iglesia católica y de cenáculos intelectuales. Igualmente, muchos partidos políticos, importantes, fueron creados por iniciativa de la izquierda, necesitada de promover agendas políticas y/o ideológicas, así como por activistas, dirigentes y élites. Por otro lado, también han surgido otras organizaciones políticas, con el propósito de educar la opinión y la orientación de la sociedad, hacer propaganda, y agitar a sectores sociales, etcétera; pero no constituyen partidos políticos porque no poseen una agenda para gobernar, no participan con candidatos en las elecciones, y no poseen una relación “orgánica” con diputados y/o ministros.

### **Tipos sociológicos de partidos políticos**

Con el mismo nombre se pueden designar tipos sociológicos diferentes por sus elementos de base, por su armazón general, por los lazos de dependencia que se anudan y por las instituciones dirigentes. Por ejemplo: partidos conservadores y liberales. Hay partidos políticos con pocos comités, descentralizados, de personalidades, que no buscan multiplicar sus miembros. Se orientan, sobre todo, en cuanto a las elecciones y combinaciones parlamentarias. En estos casos el poder suele residir en un grupo alrededor de un líder parlamentario. Suelen ocuparse de problemas políticos, y poco de cuestiones doctrinarias o ideológicas.

Por otro lado, los partidos políticos socialistas descansan en sectores populares y siempre buscan el mayor número de miembros posible. Poseen un sistema de filiación preciso, completado por un mecanismo riguroso de cotizaciones individuales. Los comités abren paso a las secciones, grupos de trabajo más extensos y abiertos, donde la educación política de los miembros ocupa un lugar importante, además de la actividad puramente electoral. Tienen una administración, pues se cotiza, que obliga a poseer funcionarios permanentes. El carácter personal de los dirigentes se atenúa con Congresos, Comités de naciones, Consejos, Secretarías. Establecen la elección en todos los eslabones, pero combinada con tendencias oligárquicas poderosas. Estos partidos se han inclinado a dar un lugar fundamental a la doctrina, e integran al desempeño puramente político una amplia agenda sobre cuestiones económicas, sociales y culturales. Los partidos laboristas, parte de esta familia política, son constituidos por sindicatos y cooperativas.

Por su parte, los partidos comunistas (con base en células de empresas), se han caracterizado por una centralización muy aguda y una disciplina estricta, y por un sistema de enlace muy vertical que establece una separación rigurosa entre los elementos de base, lo cual los protege contra toda tentativa de cisma y división. Estos partidos, además, exigen un compromiso absoluto de todo el ser, incorporando así la fe de una iglesia.

Los partidos políticos de Estados Unidos son, principalmente, una maquinaria electoral. No tienen un carácter ideológico rígido, ni son comunidades fundamentalmente de clases; aunque puedan tener mucho de ambas características. Cada partido puede reunir personas con opiniones diferentes y de posiciones sociales diversas, que suelen compartir imaginarios y preferencias.

### **Estructura de los partidos políticos**

La comunidad global de cualquier partido político es un conjunto de pequeñas comunidades de base, ligadas unas a otras por mecanismos coordinadores. Pueden, a su vez, estar integradas por individuos, sindicatos, cooperativas, sociedades. En tal sentido, hay partidos directos y partidos indirectos.

Los miembros de un partido indirecto, más que miembros del partido, son miembros de un grupo social que se adhiere colectivamente al mismo. Los partidos directos constituyen la regla y los indirectos la excepción. Encontramos un ejemplo de partido indirecto en los sindicatos alemanes, cuando estos se subordinaron a un partido político. En Inglaterra, consideremos la precisión, no ocurrió así, sino a la inversa. Sin embargo, no se pueden confundir los elementos de base con los organismos anexos, que son instituciones que gravitan a su alrededor; como, por ejemplo: movimientos juveniles, organizaciones femeninas, ligas deportivas, instituciones culturales y, en algunos casos, los sindicatos.

Los “comités” son pequeños grupos que no tratan de crecer, no hacen propaganda sistemática, no tienen miembros y no pretenden ampliarse. Sus miembros tampoco son delegados, ni representan a nadie, y actúan sólo como personalidades. No obstante, pueden poseer poder, dada la influencia de sus miembros. Su actividad suele ser, sobre todo, en épocas electorales. Pueden existir comités de notables y comités técnicos. Estos últimos tienen los medios para ejecutar y concretar la influencia de los notables. También pueden estar los agentes electorales, que representan a los comités.

Por otro lado, las “secciones” (la base) son una parte de un todo, cuya existencia separada no es concebible. La palabra comité sí puede evocar autonomía, pero la palabra sección no. Esta última, además, sí trata de aumentar sus miembros, apela a la ciudadanía y educa políticamente. Fue una creación de los partidos socialistas. La “célula”, de distinta naturaleza, creación de los partidos comunistas, desea descansar en una base profesional, capaz de reunir a todos los miembros en un mismo lugar de trabajo. Resulta un grupo más pequeño que la sección. Sin embargo, algunos señalan que, por lo general, las células no facilitan el desempeño electoral, porque su organización no coincide con las circunscripciones.

### **Articulación interna de los partidos políticos**

Del mismo modo, podemos asegurar que la disposición de los enlaces y las relaciones entre los grupos elementales de cualquier partido político, sean de una índole o de otra, siempre influye profundamente en sus militantes, en su unidad doctrinal y en su eficacia de acción e, incluso, en sus métodos y principios. Por ello, su diseño y cuidado, así como los procedimientos y garantías que estos reclaman, han de constituirse en asunto medular de todo partido.

En tanto, por lo general, siempre existe un órgano central y ejecutivo, muchas veces con miembros de derecho y miembros elegidos. Asimismo, suelen tener a su vez presidentes y vicepresidentes, presidentes y vicepresidentes de honor, secretario general, etcétera. De igual importancia resulta el diseño de múltiples órganos y la articulación debida entre estos y entre ellos y los diferentes elementos de bases, así como entre estos últimos. Para esto, en muchas ocasiones se cincela un entramado de relaciones verticales y horizontales. Establecen enlaces verticales, lo cual implica que los grupos no puedan relacionarse sino por medio del órgano central, para las cuestiones en que no deben darse el lujo de soportar cismas, fracciones y oposiciones.

En algunos casos dicha articulación puede ser fuerte o débil. Sin embargo, no se debe confundir articulación fuerte o débil, con articulación democrática; aunque históricamente haya habido una coincidencia entre comités y articulación débil, y entre células y articulación fuerte. De igual manera, la centralización y la descentralización definen modos de coordinación de los elementos de base que componen cualquier partido político.

En estas organizaciones partidistas han predominado cuatro tipos de descentralización: i. la local (poder en las bases, aunque puede tender al localismo), ii. la ideológica (otorga autonomía a diversas tendencias, mediante la influencia de cada una en los órganos de dirección, aunque bajo el peligro de la escisión), iii. la social (la propia de los partidos indirectos), y iv. la federal (reflejo en los partidos políticos de la estructura federal del Estado). Por otro lado, en la generalidad de los casos la centralización ha tenido dos formas: i. la autocrática (toda decisión se toma arriba y se controla la base), y ii) la democrática (se dirige a partir del contacto con la base).

También se ha presentado una noción que pretende integrar el centralismo y la descentralización, llamada “centralismo democrático”. Según esta, las bases, por medio de discusiones muy libres, dan a conocer sus puntos de vista, aunque le permiten al órgano central una decisión válida, asumida después por todos, que estarán forzados a cumplirla. En tanto, las discusiones deben cesar después de la decisión.

Muchos consideran legítimas todas estas maneras de procurar la descentralización o centralización, así como el equilibrio entre ambas. Sin embargo, dejan claro que siempre debe salvaguardarse la necesaria democracia dentro de todo partido. Para ello, aconsejan medir, en todos los casos y en cada momento, la capacidad de cada partido político para que los dirigentes de todos sus escalones sean electos de manera debida, y las garantías para que se pueda ejercer el control preciso de los mandatos, así como el estado de la reglamentación que asegura a los militantes el derecho al voto dentro del partido.

### **Miembros de los partidos políticos**

Existen diferentes formas de relacionarse con los partidos políticos. Sin embargo, tres son las maneras más convencionales de hacerlo. Una primera (y muy importante), es a través de una militancia activa y ordinaria. Una segunda, por medio de la simpatía, o sea, de los simpatizantes, lo cual se ejerce sobre todo en las campañas electorales. Y una tercera, más ocasional e indirecta, a través del voto a favor de los candidatos de este o aquel partido político.

Los militantes suelen integrarse al quehacer esencial y constante de una institución partidista, y, en algunos casos, lo hacen como si esta fuera una religión política. En no pocas ocasiones esto ha conducido al establecimiento de “cleros partidistas”, de “fieles”, de “dogmas de fe”, de “concepciones ortodoxas” y, por supuesto, de intolerancias. A su vez, los simpatizantes son aquellos que no comparten todo el universo de un partido político, pero lo prefiere y, por ende, en muchas ocasiones participa en los órganos anexos del mismo.

### **Naturaleza de la participación de los diferentes miembros**

Por tanto, a cada categoría de miembro le corresponde un tipo de participación, caracterizado por su calidad más que por su intensidad. Algunos sólo consagran algunas horas de su tiempo, solo algunos pensamientos. Sus vidas intelectuales, profesionales, sus recreaciones, su familia, permanecen fuera. Sin embargo, en ocasiones, o determinados miembros o partidos, no sólo ofrecen un marco para las actividades sociopolíticas, sino además un sistema total de ideas y de vida, que incluye la vida familiar, la vida cultural, etcétera. En estos casos existen dos tendencias, una que brinda ese sistema total de ideas y de vida, pero deja espacio a la libertad individual; y otra que convierte al partido en sagrado, en un mito, y lo eleva a la dignidad de fin, estableciendo así una suerte de religión secular, casi sin espacio para la libertad individual.

### **La dirección de los partidos**

Cada civilización ha forjado su propia doctrina de la legitimidad. Muchos consideran al poder democrático como el único legítimo. Sin embargo, la eficacia práctica muchas veces ha relativizado este criterio, pues se ha considerado que un partido muy democrático no suele estar bien armado para la lucha política. En tanto, por lo general, se establece un poder autocrático detrás de fórmulas y decorados democráticos. De igual modo, se puede afirmar que los partidos políticos, como todos los grupos humanos, son conservadores y, por ello, no cambian fácilmente su estructura, incluso si la evolución los empuja en esa dirección. Ante esto, como ya apunté, muchas veces diseñan fórmulas y decorados democráticos. En tal sentido, en ocasiones puede haber jefes reales y jefes aparentes, oligarquías partidistas, y autocracias, por sólo citas tres ejemplos posibles.

En la tendencia autocrática se distinguen dos doctrinas: i. el hombre providencial, cuya naturaleza encarna la comunidad; y ii. el carácter providencial en las circunstancias. En estos casos, el líder del partido suele

nombrar de forma directa a la alta dirección y la secretaría. Y para ocupar los otros cargos se diseña una ingeniosa mezcla de elecciones y cooptación. Mediante la cooptación se suelen incorporar a personalidades diversas, que no participan en la vida del partido, pero aportan experiencia y prestigio. Desde esta lógica, la elección de los dirigentes locales puede ser dirigida desde el centro, aumentando la centralización; o a la inversa, la presentación de los dirigentes centrales puede ser sometida a la intervención de los organismos locales, aumentando la descentralización. Esto, por supuesto, no tiene que asfixiar la libertad dentro del partido y así se dan, incluso, oposiciones que suelen expresarse en los congresos; pero ello más bien suele constituir una lucha de influencia entre dirigentes, y no una deliberación de la militancia.

Sin embargo, en todos los casos, los dirigentes de los partidos políticos tienden a la oligarquía, a una clase de jefes, a una casta semi o totalmente cerrada. Las elecciones no deshacen esto, pues los votantes suelen aferrarse a sus viejos jefes, porque en muchos casos desconfían de los jóvenes, o hasta los recelan. En tanto, los equipos y clanes constituyen oligarquías personales, y la burocracia constituye una oligarquía institucional. No obstante, siempre se hace un esfuerzo para que la base escoja a los oligarcas. Por su parte, los jefes aparentes siempre son elegidos, y los reales pueden ser designados autocráticamente. En ambos casos, forman círculos alrededor de los jefes, que aumentan su autoridad.

En cualquiera de estas circunstancias, aunque con diferentes grados, siempre ocurre un proceso que conduce al aumento de la autoridad de los dirigentes y la tendencia hacia formas personales de autoridad. Por lo general toda forma de autoridad evoluciona lentamente de una dirección personal a una dirección institucional, donde posteriormente y de manera lenta, la autoridad va quedando en el cuadro, y por ello vuelve a ser personal.

De esta forma, se puede desatar un camino en el cual la dirección del partido les habla a los militantes y así estos pueden ir siendo moldeados por su palabra. En tal sentido, sin que lo sienta, la militancia puede ser orientada, dirigida y transformada. Su actitud procede, cada vez menos, de ella misma; cree siempre determinar libremente, cuando obedece cada vez más. Sin embargo, esta personificación, de manera invariable, vuelve a conducir a la despersonificación del poder del líder. La personificación del poder, que a veces se acompaña de la divinización del mismo, de la vieja autoridad de un monarca-dios, convierte al jefe en una esfinge, que se marcha con él.

### **Dirigentes e instituciones de poder**

Todo lo anterior nos conduce al análisis acerca de la relación entre la dirección de los partidos políticos y los parlamentarios nominados por cada uno de estos. En tanto, podemos comenzar asegurando que el parlamentario debe tener precedencia sobre el dirigente; pero ocurre lo contrario, pues estos ordenan a los diputados en nombre de los militantes. Ello suele generar una rivalidad peligrosa entre los dirigentes de los partidos y sus correspondientes parlamentarios.

A veces los dirigentes son los que preparan las listas para diputados y ello también condiciona a estos últimos. En general, si la organización es grande y sólida, se fortalecen los dirigentes y se debilitan los parlamentarios. Ante esto, los dirigentes de los partidos, para conservar su preponderancia, reducen al máximo la posibilidad de que los diputados participen en los organismos de dirección del partido. Del mismo modo, establecen y refuerzan la disciplina en la votación, en busca de que los diputados-militantes deban ejercer en bloque el voto parlamentario.

No obstante, en muchas ocasiones, los parlamentarios suelen ser más hábiles que los dirigentes internos de los partidos, pues estos tienden a ser mediocres y, además, los diputados pueden aprovechar muy bien la ventaja que ofrece su influencia en la localidad por donde resultaron electos. Por otro lado, cuando los parlamentarios han llegado a tener ambos poderes, entonces suele predominar la orientación de los diputados. En este tipo de relación entre los dirigentes de los partidos y sus militantes en cargos de poder, siempre la balanza suele inclinarse, con mucho peso, a favor de aquellos que ocupan cargos de ministros.

## **Pluripartidismo político**

En cuanto al pluripartidismo, no presentaré preferencias. Actualmente existe desconfianza con las maneras tradicionales que pretenden instrumentalizar este decisivo quehacer. Muchos estiman que los partidos políticos ya constituyen un mal y deben formar parte del pasado. Otros consideran que continúen existiendo, pero en un marco de condiciones que los obligue a servir al pueblo y no a servirse de éste. Asimismo, unos sostienen que el pluripartidismo ha quebrado históricamente, y otros que se hace necesario revitalizarlo, pero sin condiciones que lo restrinjan, sino con los privilegios de siempre. Igualmente, algunos ratifican que el unipartidismo también quebró y otros reafirman que pudiera, por medio de nuevas formas y perspectivas, constituirse en un instrumento válido. Por otro lado, algunos aceptan que cualquier variante podría resultar válida, siempre que sea podada de lo malo y tenga la voluntad de incorporar la honradez, el respeto y la responsabilidad. Del mismo modo, no pocos señalan la urgencia de buscar instrumentos distintos, muy distintos, aunque por supuesto sin descontar la experiencia del pasado (ya sea positiva o negativa). No obstante, debemos señalar algunos aspectos del entresijo del análisis de quienes optan favor de los partidos políticos.

En torno al tema, no siempre es fácil distinguir el dualismo del multipartidismo, porque en ocasiones hay muchos pequeños grupos al lado de los grandes partidos políticos. Sin embargo, la debilidad de esos pequeños grupos y su vida efímera, no desdice del dualismo. Por otra parte, está el tripartidismo, que comenzó con los partidos socialistas. Hasta entonces, por lo general los conservadores se apoyaron en la aristocracia y en los campesinos, y los liberales en la burguesía comerciante, industrial e intelectual.

En estos sistemas pluripartidistas, los partidos han generado una oposición recíproca. No obstante, habría que distinguir dos tipos de oposición, la técnica, donde la rivalidad descansa en fines secundarios y en medios; y la de fundamentos, que rivalizan las bases mismas del sistema. En cualquier modelo sólo el primero es posible.

Lo anterior equivale a decir que “el centro” no existe en política. Llamamos “centro” al lugar “geométrico” donde se reúnen los moderados de tendencias opuestas, de derecha e izquierda, y suelen ocurrir sólo cuando los polos opuestos extreman sus rigideces y se enrumban hacia la petrificación política. Por ende, todo centro está dividido contra sí mismo, al permanecer separado por dos mitades: centro-izquierda y centro-derecha. El centro es una agrupación artificial y su destino es la aniquilación. El sueño del centro es realizar la síntesis de aspiraciones contradictorias; pero la síntesis no es más que un poder del espíritu. La acción es la selección, y la política es acción. La política es una lucha entre orden y movimiento. Cada vez que una opinión pública se enfrenta a grandes problemas de base, tiende a cristalizarse alrededor de dos polos opuestos.

### **Sistema de partidos, elecciones y proyección política**

Es posible encontrar el unipartidismo, el bipartidismo, el tripartidismo, el cuatripartidismo y hasta polipartidismo. Sin embargo, el sistema electoral mayoritario de una vuelta tiende al bipartidismo, y el de dos vueltas (o representación proporcional) al multipartidismo. Asimismo, es posible medir la dimensión de un partido político: contando los miembros, contando los electores, contando los asientos en el parlamento. Los dos primeros modos miden al partido según la opinión pública, y el tercero según su capacidad de gobernar.

En tal sentido, un partido político con vocación mayoritaria tiene que ser realista y su programa debe estar sometido a la prueba de los hechos. Toda demagogia suya corre el riesgo de volverse en su contra. Tiene que estar totalmente orientado hacia la acción, con un sentido muy agudo de los límites que imponen las ideas. Para lograrlo, en ocasiones, debe construir alianzas. Se hace alianzas cuando un partido no puede por sí solo concretar su plataforma. Ahora, todo acuerdo supone concesiones mutuas, que modificará el programa de cada aliado.

Ante estos casos, las alianzas suelen ser con partidos pequeños. Por su parte, tienden a existir dos tipos de partidos pequeños: partidos de personalidades y partidos de minorías permanentes. Los primeros son grupos parlamentarios, sin organización real ni infraestructura social.



Hay pequeños partidos refractarios, que suelen agrupar, sobre bases doctrinales, a heterodoxos de grandes partidos, que desean preservar la pureza de la doctrina. Estos, a menudo, se construyen desde la cima, sin organización de bases, y son los de minoría permanente. Hay otros pequeños partidos, étnicos, religiosos, geográficos, etcétera. No obstante, los partidos políticos pequeños unas veces son residuales y, otras veces, son precursores y, en mejores circunstancias, pueden llegar a ser grandes partidos. Otras veces permiten establecer transiciones y lazos entre dos grandes partidos con ideas cercanas. Por otra parte, los partidos pequeños pueden alterar la primera vuelta de las elecciones. Esto es más eficaz en el parlamento, pues su voto se inclina a favor de uno de los grandes partidos políticos. En estos casos no se puede gobernar sin su apoyo. Tres elementos principales se toman en cuenta para definir el grado de desigualdad de los aliados: i. su dimensión representativa, ii. su posición en el tablero de ajedrez político, y iii. su estructura interna.

No obstante, valga la precisión de que un partido político es dominante cuando tiene mayoría, está a la cabeza y a bastante distancia de sus rivales, durante cierto tiempo. Sin embargo, en muchas ocasiones un partido político resulta realmente dominante cuando se identifica con la época. El dominio puede ser más una cuestión de influencia, y sobre todo de creencia, que de dimensión.

Las alianzas entre partidos tienen formas y grados muy variables. Algunas son efímeras y desorganizadas: simples coaliciones provisionales, para beneficiarse de ventajas electorales, para derribar un gobierno o para sostenerlo ocasionalmente. Otras son duraderas y están provistas de una sólida armazón, que las hace parecerse, a veces, a un súper-partido. En tanto, las alianzas pueden ser electorales, parlamentarias, gubernamentales.

Si los aliados se han puesto de acuerdo en un programa común, su entendimiento es más fácil. Sin embargo, suelen ser programas débiles, con fines, más que con medios, y el gobierno es, sobre todo, cuestión de medios. Por otro lado, pueden distinguirse las alianzas de izquierda o de derecha, la unión de los centros, la conjunción de los extremos y otras diversas uniones posibles. No obstante, las primeras alianzas son las más frecuentes.

Las alianzas electorales tienden a estar dominadas por los aliados más extremistas, y en las alianzas gubernamentales tienden a estar dominadas por lo más moderados. El que logre posicionarse mejor en el gobierno, tiende a dirigir finalmente la alianza. Los extremismos se debilitan por las necesidades gubernamentales. Si la alianza está en la oposición, los moderados tendrán menos posibilidades. Aquí el realismo está en la intransigencia. En una coalición triangular, el partido político “de centro” se desempeña como árbitro natural de los extremos.

Por su parte, la alternancia de los partidos en el poder, suele ser una característica de los dualismos. Se define como un movimiento pendular entre poder y oposición. Se define, además, por la ausencia de variación de los partidos políticos en largos períodos. El izquierdismo es la traducción, en el plano político, de la evolución social que ha hecho llegar al poder a “nuevas clases” en el período en que se construyó y desarrolló el sistema moderno de partidos políticos.

Sin embargo, es necesario destacar que el partido acostumbrado al poder, pierde vigor, se anquilosa y suele debilitarse o destruirse. En este sentido, también se puede afirmar que el multipartidismo debilita al gobierno en un régimen parlamentario y, también, puede debilitar al parlamento, pero refuerza al gobierno en uno presidencialista. Por ende, en el sistema multipartidista, con un parlamento integrado por más de dos partidos, quien mejor representa al país es el presidente.

### **Sin plataformas políticas programáticas**

En cuanto al criterio de que no deberían existir plataformas políticas programáticas, no debemos dejar de tener en cuenta que jamás se ha visto a un pueblo gobernarse por sí mismo, y que siempre se ha hecho necesario el ejercicio del gobierno y que todo gobierno supone un programa y una disciplina. En este sentido,

la cuestión sería valorar, en cada caso, si tal o más cual forma de gobierno es capaz de garantizar: i. nivel de vida, ii. instrucción general, iii. equidad social, y iv. equilibrio político. Por otro lado, se hace imperioso evaluar si es posible la rotación de las élites, y la no eternización y petrificación de estas, sin la existencia de partidos políticos.

### **Otros modos, ahora**

Sin embargo, en las últimas décadas muchísimos partidos políticos han abandonado ese carácter, si bien conservan la expresión de determinadas aspiraciones, brindan propuestas para una gestión del país con cierta integralidad, movilizan a sujetos sociales y ejercen el poder, para lo cual compiten. Pero lo hacen con un carácter menos ideológico, menos militante, sino más gerencial. En algunos casos son únicamente una especie de “marca”.

Ello puede ser positivo y señala un nuevo derrotero. Por una parte, facilita las coaliciones y la movilidad electoral; y por momentos parece que las candidaturas aún provienen generalmente de los partidos políticos solo porque, dadas las condiciones, estos continúan siendo el “hábitat” propicio para la promoción de líderes con ese tipo de agendas. Por otra parte, esta realidad ha permitido que, en algunos casos, prosperen con sumo éxito candidatos a la presidencia de países que no provienen de agrupaciones políticas programáticas. En tanto, quizá este desempeño va dejando de ser exclusivo de los partidos políticos, y ello demande un ajuste de la política, la teoría, el derecho.

También cabe destacar que, en muchos de los actuales líderes, con posiciones fijas e intransigentes, no hay ideología. A veces se afirma que, por tales enfoques, son en extremo ideológicos, pero esto no es exacto. Ellos no tienden a poseer un conjunto integral de ideas sobre el universo de las cosas, sino sólo algún tipo de “fanatismo” acerca de cuestiones determinadas.

### **Final.**

De seguro la solución no será extinguir las plataformas políticas programáticas, sino afirmar su naturaleza y adecuarlas a cada momento de la historia, a las demandas reales de los pueblos.

## CAPÍTULO 1

### Introducción a la Serie de Ocho Artículos <sup>1</sup>

Las últimas elecciones multipartidistas y libremente competitivas se celebraron en Cuba en 1948. Los octogenarios y nonagenarios de hoy pueden recordarla, pero probablemente no con tanto entusiasmo como recuerden su primer paseo en un Ford Modelo – T. En consecuencia, el título de este artículo, que se aplica a toda la serie de ocho artículos: si bien es un ejercicio en ciencias políticas, es también un ejercicio de ficción, porque nadie sabe bien cómo o cuándo este momento conceptual – la existencia futura, legal y real en Cuba, de partidos políticos, en plural – podría ser alcanzado. Lo que no ha ocurrido será evidente cuando el antiguo régimen político haya cambiado lo suficiente, o haya sido reemplazado, para así permitir nuevamente una política multipartidista y elecciones libremente competitivas. Ningún cubano vivo en ese momento probablemente recuerde las elecciones prerrevolucionarias.

Los regímenes comunistas en Europa c. 1990 colapsaron sin mucha anticipación académica. Existe una vasta retrospectiva académica acerca de cómo tuvo lugar la transición del régimen político, más hubo pocos estudios persuasivos y anticipados al hecho. En Asia Oriental, aparte de Corea del Norte, los regímenes comunistas restantes han promulgado cambios para la consecución de una economía de mercado en orden a evitar transformaciones significativas desde el punto de vista político, pero al hacerlo así proporcionan poca orientación comparativa para determinar un futuro multipartidista imaginado para Cuba. La transición hacia una economía que no sea centralmente planificada en Cuba se encuentra, en el mejor de los casos, en sus primeras etapas y las tasas de crecimiento económico han permanecido anémicas desde la crisis económica mundial de 2008-2009, que disminuyó el apoyo de Venezuela a la economía cubana.

El imaginario más intrigante, que pudo anticiparse, de un sistema multipartidista hasta entonces inexistente fue el esfuerzo realizado por Juan Linz (1967, 264-275), una década antes de la muerte de Francisco Franco, para caracterizar el futuro posible de un sistema multipartidista en España. Linz, figura destacada del estudio académico de la política comparada durante la segunda mitad del siglo veinte, concluyó que el sistema político post autoritario de España quedaría en manos de dos partidos desproporcionadamente muy grandes: los Comunistas y los Demócratas Cristianos. Sin embargo, los Comunistas y los Demócratas Cristianos resultarían ser actores políticos menores en la España post-Franco. A pesar de eso, el esfuerzo de Linz sigue siendo valioso porque formuló las preguntas acertadas al inducir a los académicos a:

---

<sup>1</sup> Se publicó anteriormente en inglés como un capítulo en, *Challenges of Party-Building in Latin America*, ed. Steve Levitsky, James Loxton, Brandon Van Dyck, y Jorge I. Domínguez (New York: Cambridge University Press, 2016). doi:10.1017/CBO9781316550564. Cambridge University Press autorizó su traducción al español, realizada por Alejandra Suárez, así como su publicación en la *Revista Foro Cubano* 1:1 (julio-diciembre 2020): 97-110, <https://revistas.usergioarboleda.edu.co/index.php/forocubano/issue/view/rfc/N%C3%BAmero%20Completo>. La *Revista Foro Cubano* ha autorizado la serialización de ese artículo por parte de *Cuba Próxima*.



- Observar los clivajes políticos contruidos sobre los clivajes sociales;
- Considerar cambios sociales que pueden dar lugar a inferencias sobre el pasado;
- Mirar a los partidos políticos del último periodo pre autoritario;
- Tomar en cuenta la posible ley electoral; y
- Comparar con los casos “más similares” (en el caso de Linz, Italia).

En este análisis, espero mostrar que Cuba no ha tenido experiencia politizando clivajes sociales para construir o mantener partidos políticos. Antes de la revolución, las diferencias raciales y de clases sociales afectaron la formación y el desarrollo partidista solo de manera limitada. Es poco probable que las mismas fuesen usadas para construir nuevos partidos en el futuro. Las posibilidades de construir partidos sobre regionalismos o sobre la religión son incluso peores. Además, desde entonces los cambios sociales se han mostrado insuficientes para el logro de una conversión exitosa de los clivajes sociales en clivajes políticos y han diezclado las posibilidades del resurgimiento de cualquiera de los partidos antiguos, excepto los Comunistas. El único clivaje político salvable de antes de la revolución es la política de la intransigencia, aunque no es un buen augurio para la política democrática.

El legado institucional más duradero de antes de la revolución es el “partido de poder”, lo que el Partido Liberal era antes de 1959 y, después de la victoria revolucionaria, en lo que los Comunistas se convirtieron. Por “partido de poder” me refiero a un partido político sin el cual es muy difícil organizar y mantener una coalición efectiva para gobernar. Tal partido no necesita ganar la mayoría de los votos, pero es uno sin el cual ningún gobierno durará mucho en el poder. En el futuro, mucho dependerá de la evolución interna del Partido Comunista de Cuba (PCC), actual gobernante, y de las reglas y leyes que pueden construir durante o después del momento de cambio.<sup>2</sup>

Ofrezco un análisis de estos temas en una serie de ocho artículos consecutivos, de la que éste es el primero, mediante un ejercicio de imaginación enraizado en la historia moderna de Cuba, para intentar caracterizar cuáles podrían ser las bases para nuevos partidos que podrían surgir del régimen autoritario cubano.

## Bibliografía

- Linz, J. (1967). “The Party System of Spain: Past and Future”. En S. Lipset y S. Rokkan (eds.). *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives* (p. 197-282). New York: The Free Press.
- Domínguez, J.I. (2006). *Cuba hoy: analizando su pasado, imaginando su futuro*. Madrid: Editorial Colibrí.
- Piñeiro Harnecker, C. (2013). “Cuba’s New Socialism: Different Visions Shaping Current Changes”. *Latin American Perspectives* 40 (May), 107-126. doi:10.1177/0094582X13476006

---

<sup>2</sup> Hay una amplia literatura académica publicada fuera de la isla que imagina una Cuba inexistente. He aportado en parte a ella (Domínguez, 2006). Sin embargo, hay pocas obras en ciencias políticas publicadas por académicos cubanos que viven y trabajan en Cuba sobre las circunstancias futuras del país. Existe una, sobre la economía política del futuro de la propiedad y las perspectivas para las cooperativas, que es de Piñeiro Harnecker (2013).

---

## CAPÍTULO 2

### Partidos Políticos antes de la Revolución de 1959

Las últimas elecciones presidenciales libremente competitivas de Cuba, celebradas en 1948, caracterizaron bien la política de la nación en aquel momento (Stokes, 1951). Los partidos y el sistema de partidos en Cuba se habían consolidado a tiempo para la elección presidencial de 1940 y se habían vuelto bastante estables. En las cuatro elecciones nacionales más libres (1944 y 1948 para presidente y Congreso, y 1946 y 1950 para Congreso), entre el 42 y el 56 por ciento de los miembros de la Cámara de Diputados habían sido reelegidos (calculado a partir de Riera, 1955). Estos no eran partidos transitorios sino, más bien, entidades políticas bien organizadas y duraderas que reeligieron a sus parlamentarios.

En 1948, había cuatro partidos principales o coaliciones de partidos conteniendo por la presidencia. Cuba tenía seis provincias. Ninguno de los candidatos presidenciales obtuvo una mayoría absoluta en ninguna provincia, excepto por la coalición gobernante Auténtico – Republicana, que ganó por un amplio margen en la provincia de Matanzas. Hubo, por lo tanto, una sustancial uniformidad electoral nacional. A diferencia de Quebec, Bavaria, Cataluña, o Escocia, Cuba no tenía un partido local representando sus intereses y que al tiempo carecía de una fuerza significativa en cualquier otra región.

En Cuba, los partidos nacionales ejecutaron campañas que se extendieron por todo el territorio. El candidato presidencial victorioso de la coalición Auténtico – Republicana, Carlos Prío, por ejemplo, ganó un máximo del 54.5 por ciento en la provincia de Matanzas y un mínimo de 41.5 por ciento en la provincia de La Habana. Coalición que se había convertido principalmente en una máquina clientelista, que desembolsaba las prebendas a través del país. En tanto que los Auténticos tenían un perfil político, eran ligeramente nacionalistas, y habían liderado la oposición cubana al poder de Fulgencio Batista entre 1933 y 1944.

Por su parte, los Liberales y los Demócratas se unieron. Excedieron el margen de su influencia nacional en la provincia de Pinar del Río, pero en las otras cinco provincias estos dos partidos quedaron a 3 puntos porcentuales de su promedio nacional del 30.4 por ciento. También eran máquinas clientelistas. Los Liberales habían sido el indispensable partido de poder de Cuba. Habían aportado el equipo para la presidencia que devino en la dictadura de Gerardo Machado en los años veinte. Habían estilizado el poder de Batista antes de su convocatoria a la convención que redactaría la constitución de 1940. Aunque derrotados en 1944 como parte de la coalición de Batista, los Liberales cambiaron de bando para unirse al gobierno de Prío poco después de las elecciones de 1948 y, finalmente, después de que Batista derrocó a Prío por un golpe de Estado, apoyarían la dictadura de Batista en los cincuenta. En 1948, los Liberales y los Demócratas (siendo este último un partido conservador) probaron, al postularse como una alianza de oposición, que podían funcionar bien sin la espita de recursos del tesoro nacional. En la medida en que estos partidos tuvieron un perfil político apoyaron los intereses de los Estados Unidos en Cuba.

Los dos partidos más débiles se lanzaron solos, y a los dos les fue mejor en las provincias de La Habana y Oriente. Los Ortodoxos (un sexto del voto nacional, con un quinto del voto tanto en La Habana como en Oriente) tenían una sola política en su plataforma electoral: se oponían a la corrupción. Su consigna era “vergüenza contra dinero”; su símbolo, una escoba. El de ellos era un partido de principios, vociferante al

protestar en contra de la corrupción y por la manera en que Cuba era gobernada. En su discurso, era “intransigente” – una palabra que apreciaba su candidato presidencial, Eduardo Chibás (Grupos de Propaganda Doctrinal Ortodoxa, 1951). Fidel Castro fue uno de sus candidatos a diputado para las elecciones de 1952 (canceladas a causa del golpe de Estado de Batista en marzo de 1952).

Finalmente, el partido comunista prerrevolucionario, el Partido Socialista Popular (PSP), obtuvo el 7.5 por ciento del voto nacional, haciéndolo uno de los partidos comunistas más exitosos electoralmente en Latinoamérica (solo los Comunistas de Chile tendrían una mejor historia electoral). Ganó el PSP cerca de un décimo de los votos en la provincia de La Habana, aunque también le fue bien en Oriente donde había sindicalizado muchos obreros de centrales azucareros. Los Comunistas se volvieron un partido legal solamente como aliados de Batista al final de los treinta y fueron derrotados como parte de su coalición en 1944. En 1948, se lanzaron solos para la presidencia – su única competencia presidencial en solitario en unas elecciones competitivas. Los Comunistas habían sido parlamentarios hábiles en la Convención Constituyente y en el Congreso. Aunque eran solo el 5.5 por ciento de los miembros del Congreso, representaron el 15.5 por ciento de los proyectos de ley presentados; solo uno de los treinta y cinco proyectos de ley presentados por los parlamentarios Comunistas buscó beneficios particularistas para una sola persona, en contraste con el patrón común en otros partidos. Los parlamentarios Comunistas se reunían regularmente, redactaban los discursos de sus miembros en esas reuniones, trabajaban en equipo para elaborar legislación, patrocinaban y escuchaban a una comisión asesora de investigación, y donaban un diezmo de su salario para el partido. Votaban con una alta disciplina partidista (Escalante y Marinello, 1945). Aportaron ministros al Gabinete de la presidencia de Batista (1940—1944). Fundaron la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) y apoyaron a la coalición de Batista y a la alianza Estados Unidos – Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial. Organizaron a obreros e intelectuales universitarios, que eran prominentes en su liderazgo.

Existen tres implicaciones de esta descripción del sistema de partidos. En primer lugar, hubo muy pocos votos que ganar ya fuesen en la representación regional (muy leve variación en los patrones de votación) o en la representación sindical. El comportamiento responsable en el parlamento le valió a los Comunistas solo uno de cada catorce votos emitidos a nivel nacional.

En segundo lugar, la política de intransigencia, con el apoyo de un sexto del electorado, se enlaza, en un mismo hilo conductor, con el régimen revolucionario que llegó al poder en 1959. Régimen que se consolidó repudiando el turismo decadente, proclamando el valor de los incentivos morales y la construcción de un “hombre nuevo”. Igualmente, a mediados de la década de los 60, despachando a los homosexuales a campos de trabajo forzado con la esperanza de convertirlos en heterosexuales e incluso (brevemente) buscando sustituir la malta sin alcohol por cerveza, en aras de la productividad. De manera que dicha política propició el camino para un partido de intransigentes.

En tercer lugar, los Liberales fueron el primer “partido de poder” de Cuba. Hicieron parte de la coalición de gobierno bajo siete de los diez presidentes cubanos elegidos para un mandato entre 1902 y 1958, incluyendo dos cuyas elecciones habían sido manchadas por el fraude (Machado, Batista). Eran maestros de la programación y la seducción clientelista. Podían ser leales, o cambiar de bando, en búsqueda de ventaja política. Y solo ellos y los Comunistas obtuvieron éxito electoral cruzando las fronteras raciales de la nación.

## Bibliografía

Escalante, A., y Marinello, J. (1945). “El trabajo de los socialistas en la última legislatura”. *Fundamentos* 41 (5), 8-16.

Grupos de Propaganda Doctrinal Ortodoxa. (1951). *Doctrina del Pueblo Ortodoxo*. La Habana: Fernández.

Riera, M. (1955), *Cuba política, 1899-1955*. La Habana: Impresora Modelo.

Stokes, W. (1951). “The ‘Cuban Revolution’ and the Presidential Elections of 1948”. *Hispanic American Historical Review* 32, 37-39. doi: 10.1215/00182168-31.1.37.

## CAPÍTULO 3

### ¿Clivajes Sociales en Busca de un Partido Político?

Para la década del 50, existían diferencias de clase social en el electorado cubano. En diciembre de 1951, en anticipación a la elección presidencial de 1952 (cancelada a causa del golpe de Batista), una encuesta de opinión pública comprobó que los cubanos de clase alta favorecieron al candidato del partido Auténtico, Carlos Hevia, en una proporción de aproximadamente tres a uno sobre Batista, quien se lanzaba una vez más para presidente. En la clase alta, los Auténticos se encontraban también por delante de los ortodoxos. En la clase baja, la elección estuvo más reñida, con Hevia por encima de Batista, si bien dentro del margen de error estadístico, y con los ortodoxos en tercer lugar (Goldenberg, 1965, 111). No obstante, ningún candidato o su partido apeló de manera diferenciada a las diversas clases sociales en búsqueda de respaldo electoral. Solo los Comunistas lo hicieron, pero con poco efecto.

En la Convención Constituyente de 1940, los Comunistas habían propuesto múltiples restricciones sobre las escuelas dirigidas por las órdenes religiosas católicas. La Iglesia Católica las resistió con éxito (Amigó, 1947). Sin embargo, la Iglesia tenía un apoyo social relativamente modesto. En 1954, la Agrupación Católica Universitaria de la Universidad de La Habana realizó una encuesta nacional (N= 4000). Se encontró que sólo el 24 por ciento de los católicos asistían a servicios religiosos regularmente y sólo el 16 por ciento de los matrimonios eran formalizados por la Iglesia (Jover Marimón, 1971, pp. 400-401). Señal de que Cuba era un país laicista antes de la revolución de 1959. Un pequeño partido Demócrata Cristiano fue fundado en Cuba en los cincuenta, pero nunca disputó en una elecciones libres y competitivas.

El clivaje social latente más significativo en Cuba concernía a las relaciones raciales (De la Fuente, 2001). Un partido basado en raza —el Partido Independiente de Color— fue fundado en 1908, después de la independencia de Cuba en 1902, siendo aplastado militarmente en 1912. Desde entonces la ley ha prohibido los partidos basados en raza. Desde principios del siglo veinte, el Partido Liberal alentaba la elección de políticos afrodescendientes para el senado y la cámara en su lista partidista; uno de ellos, el senador Martín Morúa, patrocinó la ley que prohibía los partidos políticos basados en raza. Con el tiempo, otros partidos también atrajeron afrodescendientes. Fulgencio Batista, un mulato, incluyó varios políticos afrodescendientes en su coalición, principalmente de los partidos Liberal y Comunista. Blas Roca, quien fue secretario general del partido comunista durante mucho tiempo, era un mulato y aliado cercano a Batista desde 1939 hasta 1945 (*Fundamentos*, 1944). A través de su liderazgo de la Central obrera (CTC), los Comunistas ayudaron a reducir la brecha salarial entre blancos y negros en la categoría de obreros calificados. En el censo de 1943, se constató que los negros obtenían los ingresos más bajos en todas las categorías de ingresos, y en todas las ocupaciones, pero la brecha entre blancos y negros era la menor entre los obreros calificados donde los sindicatos tenían mayor impacto (República de Cuba, 1945, pp. 1203-1205). Sin embargo, desde finales de los años treinta en adelante, ningún partido cubano, ni siquiera los Comunistas, operaron como un partido basado en raza o formularon sus promesas partiendo de una política basada en la raza. Los Comunistas

privilegiaron políticas enfocadas en clase social, aunque con la expectativa de que las políticas de clase “correctas” también reducirían las brechas entre los cubanos a través de todo el espectro de color.

En resumen, existían las bases sociales plausibles para fundar partidos políticos sobre la base de la raza, aunque probablemente no sobre la base de la religión, si bien ningún partido tuvo éxito apelando a estas bases. Únicamente los Comunistas se centraron en políticas enfocadas en clase, y fue el suyo el partido más pequeño en el Congreso.

## **Bibliografía**

Amigó, G. (1947). “La iglesia católica en Cuba”. *Revista Javeriana* 28, 138.

De la Fuente, A. (2001). *A Nation for All: Race, Inequality, and Politics in Twentieth Century Cuba*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

*Fundamentos*. (1944). “Una carta del Partido Socialista Popular a Batista”. *Fundamentos* 4 (31), 375-376.

Goldenberg, B. (1965). *The Cuban Revolution and Latin America*. New York: Praeger.

Jover Marimón, M. (1971). “The Church”. En C. Mesa-Lago (ed.). *Revolutionary Change in Cuba* (p. 399-426). Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

República de Cuba. (1945). *Informe general del censo de 1943*. La Habana: P. Fernández y Cia.

## **CAPÍTULO 4**

### **Tendencias Influyentes sobre los Clivajes Sociales después de 1959**

En el medio siglo transcurrido desde 1959, ¿hay cambios sociales que hayan aumentado las posibilidades de transformar las diferencias sociales relacionadas con la región, la clase social y la desigualdad, la religión, y la raza, en clivajes políticos sobre los cuales los partidos se puedan construir? La respuesta es no.

A nivel de las diferencias regionales, estas persistieron después de la revolución, y aún existen. Pero, exceptuando las obviamente mejores condiciones de vida en la ciudad de La Habana, las diferencias entre las provincias de Cuba han sido modestas y son una base improbable para nuevos partidos regionalistas (Martín Posada y Núñez Moreno, 2012).

En cuanto a las diferencias de clase, la desigualdad a nivel de ingresos y de acceso a los bienes y servicios se amplió dramáticamente después de 1990, al interrumpirse el flujo de subvenciones provenientes de la Unión Soviética. La pobreza reaparece en un quinto de la población. Desde 1990, la movilidad social descendente superó en gran medida a los casos de movilidad social ascendente. Combinación que agudizó aún más las desigualdades. Igual que antes de 1959, el factor clase social probablemente tendría un impacto sobre el comportamiento electoral, pero también seguiría siendo un soporte improbable para sustentar un partido basado prioritariamente en divisiones de clase. Desde su fundación en 1965, el Partido Comunista de Cuba (PCC) ha buscado un amplio apoyo nacional, no simplemente el apoyo del proletariado o de grupos de ingresos inferiores. El gobierno ha hecho hincapié en los derechos universales de acceso a la educación, a la salud, y a otras subvenciones de bienestar, que enfatizan la solidaridad entre cubanos en su condición de nación (Espina Prieto, 2004; Espina Prieto y Togores González, 2012; Togores y García, 2004). Los cubanos jamás han respondido predominantemente a promesas programáticas partidistas basadas en diferenciaciones entre clases sociales.

En lo relativo a las diferencias religiosas, el gobierno y el PCC se enfrentaron a las iglesias, y especialmente a la Iglesia Católica, en los sesentas. Medio siglo después, las restricciones sobre las iglesias se relajaron y el Cardenal Arzobispo de La Habana, Jaime Ortega, jugó un papel importante en 2011 para facilitar la liberación de la mayoría de los presos de conciencia restantes. Varias diócesis católicas publican revistas; hay trabajo misionero cada vez más abierto. Sin embargo, entrevistas con personas prominentes de la iglesia sugieren que la proporción de cubanos que asisten regularmente a la misa católica seguía siendo un número de un solo dígito, aunque tal vez un 15 al 20 por ciento de la población se identificaba con alguna comunidad de fe (Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, 1993). Sólo la Iglesia Católica tiene la organización territorial para desafiar al PCC desde la sociedad civil. Sin embargo, el número de curas sigue siendo sólo de 300 aproximadamente en un país de poco más de once millones de personas. Adicionalmente, siguiendo el liderazgo del Cardenal Ortega durante un tercio de siglo hasta su jubilación en 2016, los obispos han resistido comportarse como un partido o convertirse en sus patrocinadores. Un Partido Católico aún parece poco probable, aunque más asociaciones católicas surgirían probablemente.



Por su parte, las circunstancias raciales de Cuba han cambiado en las últimas décadas. A principio de los ochenta, las diferencias raciales entre negros y blancos habían desaparecido en estimaciones de esperanza de vida y finalización de la escuela secundaria –resultados mucho mejores que en otras sociedades racialmente heterogéneas como Brasil y Estados Unidos. Las diferencias raciales persistieron en la geografía de la vivienda y en la probabilidad de encarcelamiento (Meerman, 2001; De la Fuente, 2001, pp. 309-316). Y, al principio de la década de 2010, hubo otras insatisfacciones. Una fue la membresía en las instituciones políticas claves, tales como el Buró Político del PCC elegido en 2016 (cinco afrodescendientes de diecisiete miembros) y el comité ejecutivo del Consejo de Ministros (ninguno de los ocho era afrodescendiente). Otra fue la fácil expresión explícita de prejuicios raciales. En un estudio comparativo de tal conducta discursiva, Sawyer et al. (2004) encontraron que ese racismo era significativamente más alto en Cuba que en Estados Unidos, Puerto Rico, o República Dominicana. Desde el inicio de la década de los sesenta, el oficialismo en Cuba afirmó haber resuelto el problema racial; por lo tanto, se volvió contrarrevolucionario discutirlo en público.

El silencio oficial de Cuba sobre asuntos de raza impidió la formación legal de asociaciones afrodescendientes independientes en la sociedad civil, así como la construcción de partidos basados en raza. Asimismo, retrasó por medio siglo una conversación nacional en torno a esta problemática en Cuba. Aun así, al margen de lo oficial, tal conversación ha comenzado, y la afirmación identitaria afrodescendiente se ha fortalecido a través de la música, las artes plásticas, la literatura, la religión, y hasta cierto punto a través del internet, si bien los cubanos tienen un acceso muy limitado (De la Fuente, 2012).

Todo esto para señalar que no existe, sin embargo, un movimiento político de oposición basado en raza. Existen líderes afrodescendientes y algunos son miembros de organizaciones de derechos humanos, disidentes, y de oposición, pero demandan sus derechos como ciudadanos cubanos, no tanto como afrodescendientes cuyos derechos humanos dependen de criterios raciales. Intelectuales fieles, aunque críticos de aspectos de estas políticas oficiales (Morales Domínguez, 2007) quieren que el régimen político y social perdure, según sus principios, en orden a fortalecerlos, no para derribarlos.

De manera que, pasado el cambio de régimen que aún no ha ocurrido, un partido político basado en raza sigue siendo poco probable.

La evidencia comparativa reafirma esta conclusión. Consideremos los detallados estudios de partidos políticos latinoamericanos en Levitsky, Loxton, Van Dyck y Domínguez (2016). Solamente en el capítulo sobre Cuba se discute acerca de posibles partidos afrolatinos. El valioso capítulo de Raúl Madrid (2016) acerca del etnopopulismo se centra en comunidades indígenas en sus contextos más amplios en Bolivia, Ecuador, y Guatemala, no así en afroecuatorianos que son numerosos, pero no se asocian en un partido. El país más probable en Latinoamérica para que surja un partido con base racial es Brasil, si bien el citado libro no aborda la problemática de la conformación de partidos afrobrasileños. El estudio magistral de Scott Mainwaring acerca del sistema de partidos, con especial atención a Brasil, dedica menos de una página a la posibilidad de partidos basados en raza en Brasil (1999, p. 46). El estudio intelectualmente más estimulante acerca de un partido político basado en raza en Brasil – Frente Negro Brasileño, o *Frente Negra Brasileira* – explica por qué el partido fue de tan corta vida, por qué colapsó, y por qué nunca fue revivido (Fernandes, 1969; vea también Telles, 2004). La raza en América Latina no ha producido partidos exitosos basados en ella, ni son probables tales partidos.

En conclusión, en Cuba, las características aquí analizadas de los periodos de tiempo prerrevolucionarios y revolucionarios probablemente perdurarán. Pasado el cambio de régimen que aún no ha ocurrido, Cuba probablemente permanecerá privada de partidos que busquen sus principales fuentes de apoyo apelando a región, religión, clase social, o raza, aunque diversos partidos obtuviesen mayores o menores porciones de apoyo de estas categorías sociales.

## Bibliografía

- Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (1993). *La religión. Estudios de investigadores cubanos sobre la temática religiosa*. Editora Política.
- De la Fuente, A. (2001). *A Nation for All: Race, Inequality, and Politics in Twentieth Century Cuba*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- De la Fuente, A. (2012). “Tengo una raza oscura y discriminada”. El movimiento afrocubano: hacia un programa consensuado”. *Nueva Sociedad* 242, 92-115.
- Espina Prieto, M. (2004). “Social Effects of Economic Adjustment: Equality, Inequality and Trends toward Greater Complexity in Cuban Society”. En J.I. Domínguez, O.E. Pérez Villanueva, y L. Barberia (eds.). *The Cuban Economy at the Start of the Twenty-First Century* (p. 209-243). Cambridge: Harvard University Press.
- Espina Prieto, M. y Togores, V. (2012). “Structural Change and Routes of Social Mobility in Today’s Cuba: Patterns, Profiles, and Subjectivities”. En J.I. Domínguez, O.E. Pérez Villanueva, M. Espina Prieto, y L. Barberia (eds.). *Cuban Economic and Social Development: Policy Reforms and Challenges in the 21<sup>st</sup>. Century* (p. 261-289). Cambridge: Harvard University Press.
- Fernandez, F. (1969). *The Negro in Brazilian Society*. New York: Columbia University Press.
- Levitsky, S., Loxton, J. Van Dyck, B., y J.I. Domínguez (eds.). (2016). *Challenges of Party-Building in Latin America*. New York: Cambridge University Press. doi:10.1017/CBO9781316550564.
- Madrid, R.L. (2016). “Obstacles to Ethnic Parties in Latin America”. En S. Levitsky, J. Loxton, B. Van Dyck y J.I. Domínguez (eds.). *Challenges of Party-Building in Latin America*. New York: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9781316550564.011.
- Mainwaring, S. (1999). *Rethinking Party Systems in the Third Wave of Democratization: The Case of Brazil*. Stanford: Stanford University Press.
- Martín Posada, L. y Núñez Moreno, L. (2012). “Geography and Habitat: Dimensions of Equity and Social Mobility in Cuba”. En J.I. Domínguez, O.E. Pérez Villanueva, M. Espina Prieto, y L. Barberia (eds.). *Cuban Economic and Social Development: Policy Reforms and Challenges in the 21<sup>st</sup>. Century* (p. 291-320). Cambridge: Harvard University Press.
- Meerman, J. (2001). “Poverty and Mobility in Low-Status Minorities: The Cuban Case in International Perspective”. *World Development* 29, 1457-1482. doi:10.1016/S0305-750X(01)00058-4.
- Morales Domínguez, E. (2007). *Desafíos de la problemática racial en Cuba*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz.
- Sawyer, M., Peña, Y., y Sidanius, J. (2004). “Racial Democracy in the Americas: A Latin and U.S. Comparison”. *Journal of Cross-Cultural Psychology* 35, 749-765. doi: 10.1177/0022022104270118.
- Telles, E. (2004). *Race in Another America: The Significance of Skin Color in Brazil*. Princeton: Princeton University Press. Doi: 10.1515/9781400837434.
- Togores, V., y García, A. (2004). “Consumption, Markets, and Monetary Duality in Cuba”. En J.I. Domínguez, O.E. Pérez Villanueva, y L. Barberia (eds.). *The Cuban Economy at the Start of the Twenty-First Century* (p. 245-296). Cambridge: Harvard University Press.



## **CAPÍTULO 5**

### **De un “Partido de Poder” a las Cuatro Caras del PCC**

Cualquier pensamiento acerca de un futuro partidario de Cuba debe examinar el Partido Comunista de Cuba (PCC). La contienda por la oposición en Cuba ha estado notablemente limitada durante medio siglo. El político cubano más eficaz desde la oposición, capaz de reunir miles de firmas en una petición para una reforma política, Oswaldo Payá, murió en 2012. Ningún otro político cubano, partido, u organización política de la oposición ha sido capaz de movilizar a más de unos pocos cientos de adherentes. Levitsky, Loxton, y Van Dyck (2016) indagan sobre el proceso de formación de un partido bajo un gobierno autoritario. Sin embargo, el régimen autoritario de Cuba –a diferencia del de Brasil de los sesenta hasta los ochenta o el de México durante setenta décadas– ha hecho que la construcción de un partido de oposición sea insegura o imposible.

Con ausencia de impugnación significativa, es probable que el Partido Comunista, bajo su propio nombre o uno diferente, sea un futuro “partido de poder” como en Rusia y China: donde la ideología puede debilitarse, las políticas y el nombre del partido pueden cambiar, pero los líderes del antiguo Partido Comunista se aferran al poder. Vladimir Putin en Rusia ejemplifica bien el establecimiento de tal partido. El Partido Comunista Ruso, como tal, está en la oposición a Putin, pero muchas de las antiguas élites, exmiembros del otrora gobernante Partido Comunista –Putin entre ellos– se han unido en un nuevo “partido de poder”, sin importar los cambios en su nombre (Colton, 2007). Uno de los recursos políticos de Putin ha sido la restauración del orgullo de nación y del papel de Rusia en el mundo. La ideología por lo demás importa poco y sus políticas son pragmáticas. El Partido Comunista Chino es otro “partido de poder”, que ha cambiado políticas económicas dramáticamente y con éxito, transitando hacia un régimen político que ha traído prosperidad a muchos mediante su adopción de muchas características de la economía de mercado. Ha ganado apoyo nacionalista, ha obtenido un lugar destacado en la política y la economía mundial, y no ha dudado en reprimir a la oposición o a la sociedad civil (Friedman, 2008). China se caracteriza por su régimen político aún autoritario, aunque ya económicamente transformado. El régimen político en Rusia es más abierto, pero semi autoritario y con muchos menos logros económicos. En ambos casos, un “partido de poder” gobierna, y las expectativas electorales de la oposición son débiles.

El PCC ya se parece a un partido de poder, manteniendo unidas varias tendencias que promueven, o resisten a, cambios de políticas orientadas al mercado, buscan o repelen una reconciliación con Estados Unidos, y acogen o evitan la liberalización de reglas sociales y políticas hacia los homosexuales. Como el Partido Comunista Chino contemporáneo, y el presidente Putin, los comunistas cubanos están orgullosos de haber desafiado a Estados Unidos y haber sostenido la soberanía cubana a pesar de la adversidad, haber jugado un papel mundial descomunal, haber sobrevivido el colapso de la Unión Soviética y los regímenes comunistas de Europa centro-oriental, haber construido un sentimiento de orgullo de ser cubano, y haber construido los medios para la cohesión social mediante variadas políticas sociales, incluyendo la reducción de las brechas raciales señalada anteriormente. La Constitución de Cuba (Artículo 5) describe al PCC como la “vanguardia organizada de la nación cubana”. En 2013, Raúl Castro anunció que renunciaría como presidente de Cuba

en 2018 y designó a Miguel Díaz-Canel (nacido en 1960) como su primer vicepresidente y sucesor. Por lo tanto, el futuro a corto plazo más probable para el partido, todavía tratando de evitar una elección libremente competitiva, es su consolidación como un partido de poder desideologizado, promulgando nuevas reformas de mercado en búsqueda de prosperidad, y sosteniendo algunas iniciativas de liberalización política para apaciguar conflictos.

Sin embargo, pasado el cambio de régimen que aún no ha ocurrido, este partido de poder se enfrentará a opciones con respecto a su futuro y también tensiones internas. ¿Qué se puede aprender de las experiencias de los partidos comunistas en Europa centro-oriental que transitaron hacia sistemas políticos democráticos? “Una de las mayores sorpresas del colapso comunista en Europa centro-oriental en 1989”, escribe Grzymala-Busse, “fue la persistencia de los antiguos partidos políticos gobernantes... En todos los países, menos Estonia y Letonia, estos partidos sobrevivieron, compitieron en elecciones democráticas, y en algunos casos se reinventaron como partidos democráticos moderados que ganaron elecciones, gobernaron, y exitosamente supervisaron reformas tanto económicas como políticas” (Grzymala-Busse, 2008, p. 91). La probabilidad de tal resultado, argumenta ella, es mayor si el Partido Comunista ha comenzado esta trayectoria antes de la transición a un régimen político democrático. Reformistas pragmáticos, acostumbrados a negociaciones políticas, adquirieron así un “pasado utilizable” para el momento después de la transición de régimen. En la Europa centro-oriental, anterior a 1989, los partidos comunistas polacos y húngaros eran los que habían experimentado más con los mecanismos del mercado y, dentro del contexto de un régimen político comunista, eran los más “liberales”. Lograron unas de las transiciones más exitosas para convertirse en partidos suficientemente socialdemócratas después del cambio de régimen, acogiendo tanto el cambio económico como el político (Grzymala-Busse, 2002).

Encabezado por el presidente Raúl Castro después de 2006, el PCC se ha embarcado en un proceso de importantes pero graduales reformas. Los cambios con mayor impacto político han sido el surgimiento de la agricultura privada y de pequeñas y medianas empresas privadas. El número de “trabajadores por cuenta propia” casi se triplicó desde septiembre de 2010 hasta julio de 2014, alcanzando en esa fecha 471,085 en una población de 11.2 millones de personas (Pérez Villanueva, 2017, pp. 78-79). Estos cambios siguen siendo polémicos dentro del partido. Hasta ahora, Raúl Castro ha sido su principal defensor bajo su lema oficial, un “socialismo próspero y sostenible”, entendiendo por socialismo la planificación central y la propiedad estatal, y por prosperidad y sostenibilidad una aproximación a las políticas de mercado y los presupuestos austeros. Por el lado de la liberalización política, las políticas que en tiempos anteriores reprimieron homosexuales han sido canceladas. Hay un espacio más amplio para el debate académico en las universidades y centros de estudio, y hay una menor censura de revistas publicadas por los obispos Católicos. Sin embargo, por el lado económico, hay muchos menos cambios que aquellos promulgados en Polonia o Hungría antes de la transición de régimen al final de la década de los ochenta, o en China desde el final de la década de los setenta. Y por el lado político, estos cambios se quedan muy cortos al compararlos con la experiencia polaca o la húngara antes de la transición.

“La tercera ola de democratización” argumentó Samuel Huntington (1991, p. 182), “avanzó gracias a la equivocada presunción de los dictadores” que creían que podían vencer en una elección competitiva. Indira Gandhi en India en 1977, Augusto Pinochet en Chile en 1988, Wojciech Jaruzelski en Polonia en 1989, Daniel Ortega en Nicaragua en 1990 – todos ellos y otros cometieron estos errores.

Desde su fundación postrevolucionaria en los sesenta, el PCC no ha desarrollado las destrezas para solicitar los votos de los ciudadanos. Su organización está diseñada para gobernar; ha ejecutado muchas campañas en apoyo al gobierno, pero le falta la experiencia de elecciones democráticas competitivas. Sin embargo, en el nivel municipal, desde mediados de los setenta ha habido elecciones de partido único con múltiples candidatos. La investigación sobre estas elecciones mostró que sólo el 2 por ciento de 150 votantes encuestados mencionaron la membresía en el Partido Comunista como una cualidad “deseable” en un candidato a la asamblea municipal. La principal motivación de los votantes en elecciones locales fue que los candidatos

locales tuvieran una reputación por honestidad, buena vecindad, y sensibilidades humanas. Votaban por sus amigos y vecinos. Es notable, por lo tanto, que la mayoría de los funcionarios electos eran miembros del partido, con una alta estima, aunque el PCC como institución no la tenía (Dilla, González, y Vincentelli, 1992). Esta no es una buena noticia para el PCC, pero lo es para los miembros del partido que probablemente serían elegidos sin importar el nombre del partido bajo el cual se postulen.

Dentro del marco de análisis de Lupu (2016), la “marca” del PCC agrega poco valor el día de las elecciones. Supongamos, por lo tanto, que este “partido de poder” en Cuba comete un error similar y celebra elecciones libres. Puede perder, porque el partido carece de experiencia para obtener el apoyo del electorado en elecciones competitivas, su marca atrae a pocos votantes, y sus candidatos potenciales pueden desertar dada la debilidad de la marca. El partido podría dividirse en sus diversas tendencias, con lo cual es probable que emerjan las cuatro caras del partido.

Un núcleo partidista lucharía por seguir siendo el partido de poder, indispensable en cualquier coalición política –no muy diferente del Partido Liberal prerrevolucionario– pero este partido de poder carecería de las ventajas del monopolio que el PCC tendría hasta ese momento. Los socialdemócratas, albergados por mucho tiempo en el PCC, y motivados por un deseo de aprovechar con mayor rapidez el mercado de Estados Unidos para lograr el crecimiento económico, podrían ser otra fracción, que quizás evocaría las tradiciones del partido comunista cubano prerrevolucionario. Para estos socialdemócratas, Raúl Castro estuvo construyendo un pasado utilizable mediante políticas orientadas al mercado y una cierta liberalización social y política.

Otras dos respuestas son posibles, como lo han notado Daniel Ziblatt (1998) y John Ishiyama (1999), entre otros, considerando la experiencia de Europa centro-oriental. Una es el “repliegue izquierdista” (Partido Comunista Checo), que implica que el partido sucesor privilegie su ideología histórica, rechazando el libre mercado, repudiando la influencia de Estados Unidos, y convirtiéndose en un partido antisistema en el nuevo régimen democrático. La otra es la respuesta “patriótica–nacional”, común en los Balcanes y en la antigua Unión Soviética, la cual hace un énfasis en la defensa de la nación y en la profunda sospecha de influencias externas. Fidel Castro y aquellos más comprometidos con su legado personal ilustran ambas tendencias. Hasta el final de su presidencia, él les restó importancia a los mecanismos de mercado, dependió de exhortaciones públicas y movilizaciones masivas, y a través del mundo arremetió en contra del imperialismo de Estados Unidos en nombre del honor de Cuba. Patriótico–nacional o izquierdista–principista, estos legados fidelistas del PCC son plausibles. Los esfuerzos de uno intentarían prevenir el dominio de Estados Unidos. Los del otro, relanzarían la intransigencia de los Ortodoxos prerrevolucionarios. En cualquier caso, Fidel Castro jamás se asociaría con un “repliegue” pero podría admirar una intransigencia izquierdista.

Es más fácil imaginar una coalición entre el partido de poder y los socialdemócratas y una coalición alternativa entre los patriotas-nacionales y los intransigentes-izquierdistas. La primera sería un legado de la búsqueda de prosperidad por parte de Raúl Castro. La segunda evoca dos consignas que Fidel hizo famosas, respectivamente, a inicios del gobierno revolucionario e inmediatamente después del colapso de la Unión Soviética: “Patria o Muerte” y “Socialismo o Muerte”. Ambos partidos podrían evolucionar para convertirse en partidos de nicho, así como Greene (2016) los presenta. Pero, como hipótesis, el partido de poder podría unirse con cualquiera, dado que los principios no limitan su radio de acción política.

## **Bibliografía**

Colton, T. (2007). “Putin and the Attenuation of Russian Democracy”. En Dale Herspring, ed.

*Putin’s Russia: Past Imperfect, Future Uncertain*, 37-52. Lanham: Rowman and Littlefield.

Dilla, H., González, G. y Vincentelli, A. (1992). “Cuba’s Local Governments: An Experience beyond the

Paradigms”. *Cuban Studies* 22, 151-170.

Friedman, E. (2008). “Why the Dominant Party in China Won’t Lose”. En E. Friedman y J. Wong (eds.). *Political Transitions in Dominant Party Systems* (252-268). New York: Routledge.

Greene, K.F. (2016). “The Niche Party: Authoritarian Regime Legacies and Party-Building in New Democracies”. En S. Levitsky, J. Loxton, B. Van Dyck y J.I. Domínguez (eds.). *Challenges of Party Building in Latin America* (p. 159-186). New York: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9781316550564.006.

Grzymala-Busse, A. (2002). *Redeeming the Communist Past: The Regeneration of Communist Parties in East Central Europe*. Cambridge: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9780511613388

Grzymala-Busse, A. (2008). “The Communist Exit in East Central Europe and Its Consequences”. En E. Friedman y J. Wong (eds.). *Political Transitions in Dominant Party Systems* (p. 91-105). New York: Routledge.

Huntington, S. (1991). *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman: University of Oklahoma Press.

Ishiyama, J. (1999). “Discussion and Conclusions”. En J. Ishiyama (ed.) *Communist Successor Parties in Post-Communist Politics* (p. 223-230). Commack: Nova Scotia Publishers.

Levitsky, S., Loxton, J. y Van Dyck, B. (2016). “Introduction: Challenges of Party-Building in Latin America”. En S. Levitsky, J. Loxton, B. Van Dyck y J.I. Domínguez (eds.). *Challenges of Party Building in Latin America* (p. 1-78). New York: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9781316550564.006.

Lupu, N. (2016). “Building Party Brands in Argentina and Brazil”. En S. Levitsky, J. Loxton, B. Van Dyck y J.I. Domínguez (eds.). *Challenges of Party Building in Latin America* (p. 76-99). New York: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9781316550564.003.

Pérez Villanueva, O.E. (2017). “Small and Medium-Sized Enterprises in Cuba: A Necessary Step”. En J.I. Domínguez, O.E. Pérez Villanueva, y L. Barberia (eds.). *The Cuban Economy in a New Era: An Agenda for Change toward Durable Development* (p. 73-88). Cambridge: Harvard University Press.

Ziblatt, D. (1988), “The Adaptation of Ex-Communist Parties to Post-Communist East Central Europe: A Comparative Study of the East German and Hungarian Ex-Communist Parties”. *Communist and Post-Communist Studies* 31, 119-137. doi: 10.1016/S0967-067X(98)00003-8.

## **CAPÍTULO 6**

### **Las Bases Populares de los Partidos y la Ley Electoral después de la Transición Aún No Ocurredida**

El partido de poder, el partido-patriótico nacional, y el partido intransigente-izquierdista competirían por un segmento demográficamente bien definido de la población de Cuba. Al inicio de la segunda década del siglo veintiuno, la mayor cohorte quinquenal cubana tenía entre cuarenta y cinco y cuarenta y nueve años. El tamaño de esta cohorte era casi el doble del tamaño de la cohorte de cinco años o menos. Más de una cuarta parte de la población tendrá más de sesenta años para el 2025. En 2011, la esperanza de vida al nacer era de setenta y ocho años (Oficina Nacional de Estadísticas e Información 2012, Cuadros 3.2, 3.12, 3.17). En síntesis, Cuba será un paraíso para un partido que represente los derechos de los jubilados. Pero los perspectives ancianos cubanos puede que no sean meramente codiciosos de pensiones. Los cubanos que ya estaban en sus sesentas fueron socializados como jóvenes revolucionarios durante la década de los sesenta, que fue el momento más formativo tanto para el país como para sus propias experiencias. Los cubanos de esa cohorte quinquenal de 45 a 49 años fueron testigos de la relativa prosperidad económica de los setenta, la consolidación de políticas de Estado exitosas en salud y educación y el despliegue global de la influencia cubana durante los setenta y los ochenta. Como se ve materializado en el sucesor de Raúl Castro, Miguel Díaz Canel, podrían querer resolver las debilidades y fallas de las políticas del gobierno sin derribar al régimen político. Y, en la Cuba después de la transición aún no ocurrida, podrían apoyar inmediatamente a cualquiera de los tres partidos que evoque mejor a la Cuba de su juventud.

Si los ancianos cubanos dividen sus votos entre los intransigentes-izquierdistas, los patriotas-nacionales, y el partido de poder –los jubilados votando por la eficacia de este último, y los demás motivados ideológicamente, dividiendo sus votos entre los dos otros partidos– los futuros socialdemócratas podrían ganar una gran porción de los votantes nacidos después de 1986, que fue el último año de un crecimiento económico sostenido. Los socialdemócratas podrían aliarse con el partido de poder. (Así como en los casos de los Liberales prerrevolucionarios, o del Partido Revolucionario Institucional en México después del 2000, o del Partido Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) en Brasil desde 1985, el partido de poder no necesita ser el partido más grande como se mencionara en el capítulo anterior). Si es así, el panorama para una liberalización política y económica más amplia y profunda se ve mejor.

Cuba ha tenido una diáspora grande, concentrada geográficamente en el sur de la Florida: próspera económicamente, y políticamente influyente. El Cuban Research Institute de la Universidad Internacional de Florida ha estado encuestando a la población de origen cubano al sur de la Florida por dos décadas. En 2014, a partir de unos sondeos, se pudo establecer dos categorías. Una es la de los ciudadanos estadounidenses cubanoamericanos que residen desde hace mucho tiempo en los Estados Unidos: solo el 23 por ciento de ellos “invertiría en un negocio privado en Cuba si se le da la oportunidad” y solo el 21 por ciento de ellos son propensos a “regresar a Cuba para vivir” bajo “una forma más democrática de gobierno”. La otra categoría es la de migrantes que llegaron desde los acuerdos de migración firmados en 1994-1995 entre Cuba y Estados Unidos: 56 por ciento de ellos invertirían en un negocio privado en Cuba y 34 por ciento del total regresaría a vivir en Cuba (Cuban Research Institute, 2014). En términos de la disposición para invertir, por lo tanto, la diáspora cubana ya está dividida. En términos de la probabilidad de regresar a Cuba para vivir, la diáspora es bastante homogénea.



Las élites de Miami siempre han tratado de influir en los eventos en Cuba y probablemente buscarían hacer lo mismo en el futuro. Apoyarán políticas de mercado y una liberalización política sostenida. Como en Miami hoy en día, y también en el futuro de Cuba, es probable que se dividan entre una centroderecha, política y económicamente un partido de “empresarios” o “liberal”, versus un partido revanchista que garantice la recuperación de propiedades expropiadas por el gobierno revolucionario en 1959-1961 y que busque acusar, condenar, y encarcelar agentes del antiguo régimen. Dado que la diáspora, por definición, no está en Cuba, es probable que su influencia sea indirecta, gastando en publicidad televisiva, así como programando y financiando las campañas de nuevos partidos. Algunos de estos nuevos protagonistas de la política cubana estarán dotado de personal compuesto por la minoría de cubanos que se repatriarían. Uno o ambos partidos apoyados por la diáspora podrían obtener una votación importante porque una proporción significativa de votantes cubanos mirarán hacia Miami en búsqueda de enriquecimiento económico.

Finalmente, la ley electoral, que debe ser parte de la transición que todavía no ha ocurrido, tendría que cambiar para permitir elecciones libres y competitivas. Sin embargo, una característica podría persistir. En las elecciones a la Asamblea Nacional, antes y después de la adopción de la Constitución de 2019, el número de candidatos iguala al número de puestos por cubrir; sin embargo, los distritos electorales agrupan múltiples candidatos. Un votante puede votar por la “lista unida” (la preferencia del Partido Comunista), o votar en blanco, nulo, o selectivamente. En las elecciones de 2013, ya el 23.5 por ciento de los votantes emitieron un voto inconforme: votaron nulo, en blanco, o selectivamente, es decir, votaron por algunos, pero no por todos los candidatos en la papeleta (calculado de “Resultados finales”, 2013). Para ser elegido, un candidato a diputado debe recibir la mitad de los votos. Así podría desarrollarse un sistema multipartidista, si se modifica la ley electoral para establecer una representación proporcional de lista abierta, mediante la cual cada votante emita su preferencia por uno o varios candidatos en la lista, pero no por todos –a lo cual los votantes cubanos ya están acostumbrados en las elecciones municipales, en que se presentan múltiples candidatos, con opción de segunda vuelta, si se requiere, para lograr la mayoría. Es decir, como ya ocurre en las elecciones municipales y se cambiaría para autorizarlo en futuras elecciones nacionales, ganarían algunos candidatos y perderían otros. Los resultados de una segunda vuelta pueden ayudar al partido de poder, a los socialdemócratas, y al partido de centroderecha apoyado por Miami, en detrimento de los intransigentes-izquierdistas, los patriotas-nacionales, y los revanchistas.

## Bibliografía

Cuban Research Institute. (2014) *2014 FIU Cuba Poll*. Miami: Florida International University. Recuperado de: [http://worldmountain.com/cp\\_14/polltables.htm](http://worldmountain.com/cp_14/polltables.htm)

Oficina Nacional de Estadísticas e Información (ONEI). (2012) *Anuario estadístico de Cuba 2011*. Recuperado de: [www.one.cu/aec2011.htm](http://www.one.cu/aec2011.htm)

“Resultados finales de las elecciones”. (2013). *Granma*, 8 de febrero. Recuperado de: <http://www.granma.cubaweb.cu/2013/02/08/nacional/artic09.html>

## **CAPÍTULO 7**

### **La Transición que por fin Ocurriría**

En esta serie de artículos, se ha procurado mantenerse cerca de la evidencia empírica conocida, así como por la ciencia política comparada. Es probable, sin embargo, que los caminos específicos disponibles sean considerablemente influidos por los detalles aún desconocidos de una transición que todavía no llega. Consideremos tres caminos que destacan las investigaciones comparadas.

Uno es un camino de conflicto. Supongamos que el gobierno de los Estados Unidos no retorne a las políticas de apertura bilateral autorizadas en diciembre de 2014, en vigor hasta enero de 2017, y que la minoría política revanchista de la diáspora mantenga una postura rígida. Supongamos que post-Chávez, Maduro y post-Maduro Venezuela ya no pueda, o no desee, financiar al partido de poder en Cuba. ¿Podría una crisis económica intensificar el conflicto, debilitar severamente al partido de poder, y dejar una franca confrontación política entre los patriotas-nacionales, los intransigentes-izquierdistas, y los revanchistas – casi una Guerra Fría en Cuba misma? ¿Podría tal conflicto, como lo sugieren Levitsky, Loxton, y Van Dyck (2016), profundizar la polarización aumentar así la cohesión política de cada partido, y conducir a la existencia de pocos, pero fuertes, partidos exitosos, cada uno adoptando una “marca” electoral claramente definida? ¿O prevendría el fraccionamiento del Partido Comunista de Cuba (PCC) y mantendría su cohesión, incluso por más tiempo, si se desata una confrontación persistente entre el PCC versus una diáspora revanchista y el gobierno de Estados Unidos?

Transitando por un segundo camino se construye un partido dominante que sea electoralmente competitivo. Supongamos, en cambio, que las reformas de Raúl Castro y una recuperación postpandemia del turismo internacional eleven los estándares económicos y prolonguen el mandato del partido de poder. ¿Eso retrasaría una transición completa a una política democrática y competitiva? ¿O un económicamente fuerte Partido Comunista de Cuba (PCC) seguiría una estrategia de ofrecer concesiones en el presente para lograr mayor popularidad futura, es decir, desde una posición de fuerza económica novedosa, se abriría aún más el sistema político a fin de competir con mayor éxito en futuras elecciones democráticas, esperando ganar y gobernar, aunque ya no sea de manera autoritaria (Slater y Wong, 2013)?

Una tercera opción es una transición democrática plena. Levitsky y Way (2010) argumentan que un régimen autoritario competitivo, en lo que el régimen político cubano podría haberse convertido para entonces, es más propenso a democratizarse si hay eficaces vínculos transnacionales en vez de muchas sanciones (es decir, zanahorias, no palos). Supongamos que el gobierno de Estados Unidos retorne y expanda el cambio de política iniciado por el presidente Barack Obama en diciembre de 2014 hacia el gobierno cubano, la centroderecha no revanchista de la diáspora de Miami invierte en Cuba, convirtiéndose en banquero de la transición económica. ¿Podrían los lazos de afecto familiar, y el creciente vínculo de un interés económico compartido, mejorar las oportunidades para una coalición democrática entre los socialdemócratas y la centroderecha?

Es incierto determinar cuál de estos escenarios es el acertado. Pero el argumento general presentado aquí implica una transición económica y política gradual, ya en marcha en aquel momento, rumbo a una fragmentación del PCC, porque los socialdemócratas desean acelerar la transición política y económica mediante el crecimiento económico vinculado al mercado de Estados Unidos, a lo que otras facciones se resistirían. Los escenarios alternativos, anteriores, podrían estropear este proceso de debilitar al partido de poder mucho antes, o desacreditar a un partido excesivamente amistoso con el gobierno de Estados Unidos o con la diáspora. La estrategia de ofrecer concesiones para lograr más tarde un mejor resultado electoral ya en cierta medida está en marcha, pero es improbable que rápidamente amplíe la apertura política. El PCC resistió al impacto geopolítico del colapso de la Unión Soviética, así como a los impactos repetidos de desaceleraciones económicas – dos posibles detonantes de la estrategia de conceder hoy para prosperar mañana. Desde la perspectiva de un partido gobernante, y ciertamente bajo la presidencia de Raúl Castro, el avance fue “sin prisa”. Aún así, ya Raúl Castro comenzó la construcción de un “pasado utilizable” para el partido de poder, con los socialdemócratas aún en su seno. Incluso sus legados partidistas podrían ser electoralmente competitivos.

## **Bibliografía**

Levitsky, S., Loxton, J. y Van Dyck, B. (2016). “Introduction: Challenges of Party-Building in Latin America”. En S. Levitsky, J. Loxton, B. Van Dyck y J.I. Domínguez (eds.). *Challenges of Party-Building in Latin America* (p. 1-48). New York: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9781316550564.001.

Levitsky, S. y Way, L. (2010). *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes after the Cold War*. New York: Cambridge University Press, 2010. doi:10.1017/S1537592711000442.

Slater, D. y Wong, J. (2013). “The Strength to Concede: Ruling Parties and Democratization in Developmental Asia”. *Perspectives on Politics* 11, 717-73. doi: 10.1017/S1537592713002090.



---

## CAPÍTULO 8

### Conclusiones

Juan J. Linz (1967) formuló las preguntas acertadas, que han orientado esta serie de artículos que concluye aquí. Observemos los clivajes sociales y políticos previos a la instalación del régimen autoritario. Observemos los cambios sociales que podrían haber afectado tal formación y evolución de estos clivajes. Examinemos los partidos políticos que existían antes de la revolución. Observemos las experiencias de otros países. Consideremos las posibles implicaciones del sistema electoral y de las instituciones electorales con las cuales los votantes están familiarizados. Aplicando este enfoque a Cuba, parece muy probable que una característica clave del sistema político prerrevolucionario reaparezca, es decir, Cuba no tendría partidos importantes que enmarquen su búsqueda de apoyo electoral basándose en clivajes sociales politizados, como la región, la religión, la raza, o la clase social.

La interacción entre atributos prerrevolucionarios, y la experiencia de más de medio siglo bajo el Partido Comunista de Cuba (PCC), así como las figuras de Fidel y Raúl Castro, probablemente auspiciarán a un partido de poder que usará y abusará de los recursos del Estado para conseguir que sus candidatos sean elegidos, y también a una rama socialdemócrata que apoye las reformas. Puede haber una minoría significativa del electorado que sea nacionalista, izquierdista, o intransigente, bajo la herencia lejana de los Ortodoxos y de su una vez candidato a diputado, Fidel Castro.

Los candidatos originados en el PCC tienen altas oportunidades de ser elegidos en una Cuba después de la transición que todavía no ha ocurrido. Con todo, la “marca” del PCC parece débil, lo que permite que el partido se divida entre sus principales tendencias. Las estadísticas demográficas del electorado cubano abren una ventana a los futuros socialdemócratas y a un partido de poder, con este último permaneciendo indispensable para la formación del gobierno.

La diáspora cubana, rica y políticamente comprometida, probablemente será influyente en el futuro después de una transición en Cuba, pero ya es una diáspora dividida. Una fracción significativa de los residentes de Miami de origen cubano probablemente se involucrarían en negocios en la Isla, pero es poco probable que la diáspora sea la cara pública del partido que gobernará la misma.

La pregunta de más difícil respuesta es si el proceso de transición ya en marcha será testigo de un intenso conflicto y de un predominio del PCC dominante, o si será un proceso de cambio más abierto. De acuerdo con Levitsky, Loxton y Van Dyck (2016), el camino a través del conflicto intenso puede ser el que más probabilidades tenga de conducir a partidos exitosos. Sin embargo, en la Cuba contemporánea, una alternativa concebible es que Raúl Castro ha estado construyendo, y Miguel Díaz Canel puede seguir, un “pasado utilizable” para fundar un “gran centro” de la política cubana, que sea más moderado, y diseñado para sobrevivir, es decir, un partido de poder que siga las pautas anotadas por Loxton (2016) que han utilizado algunos

partidos conservadores. Y si lo lograre, entonces el legado de Raúl Castro en la política cubana perdurará por más tiempo que el legado de su hermano mayor.

## **Bibliografía**

Levitsky, S., Loxton, J. y Van Dyck, B. (2016). “Introduction: Challenges of Party-Building in Latin America”. En S. Levitsky, J. Loxton, B. Van Dyck y J.I. Domínguez (eds.). *Challenges of Party-Building in Latin America* (p. 1-48). New York: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9781316550564.001.

Linz, J. (1967). “The Party System of Spain: Past and Future”. En S. Lipset y S. Rokkan (eds.). *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives* (p. 197-282). New York: The Free Press.

Loxton, J. (2016). “Authoritarian Successor Parties and the New Right in Latin America”. En S. Levitsky, J. Loxton, B. Van Dyck y J.I. Domínguez (eds.). *Challenges of Party-Building in Latin America* (p. 245-272). New York: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9781316550564.009.

Hace pocos días acontecieron los ciento veintinueve aniversarios del Partido Revolucionario Cubano (PRC) fundado por José Martí el 10 de abril de 1892. Quizá aquella proeza todavía nos muestra una ruta porque acaso no hemos cumplido sus propósitos.

La independencia de Cuba fue el contenido principal que dio carácter asociacionista al PRC puesto que era el objetivo inmediato que convocaba. Si bien para Martí el sentido exacto de ella estaría en una República de Derecho.

Al respecto especificó en su discurso de Tampa del 26 de noviembre de 1891: “O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos y no para acorralarlos.”

Acerca de la libertad aseguró en un artículo en *La América*, de New York, en septiembre de 1883: “Como el hueso al cuerpo humano, y el eje a una rueda, y el ala a un pájaro, y el aire al ala, así es la libertad la esencia de la vida. Cuanto sin ella se hace es imperfecto.” Especificó además que “la libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía”. Para concluir que “me parece que me matan a un hijo cada vez que privan a un hombre del derecho a pensar”; y finalmente profetizar que “el respeto a la libertad y al pensamiento ajeno aún del ente más infeliz, es mi fanatismo: si muero, o me matan, será por eso”.

Sobre esta orientación de la independencia fue radical el Apóstol. En carta del 20 de octubre de 1884 al general Máximo Gómez afirmó que el despotismo político de unos cubanos sobre otros sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político de una metrópolis sobre una Cuba colonizada.

Con esa vocación de independencia para libertad, al referirse a los designios del PRC en el periódico *Patria* el 27 de mayo de 1893, especificó que en ese momento “todo el caso político de Cuba está en la lucha por el predominio entre lo cubano y el español”. Pero no dejó de advertir el derecho de todos como cubanos, incluso el respeto a los anexionistas y autonomistas.

Acerca de esto había precisado, el 3 de abril de 1892 en *Patria*, que en tales circunstancias el vocablo partido no puede significar mero bando o secta, o reducto donde unos criollos se defendiesen de otros. Especifica que ese caso el término sólo ampara el esfuerzo ordenado, con disciplina franca y fin común, para vencer a un adversario deshecho.

De este modo, el partido estuvo integrado por todas las asociaciones que aglutinaban a cubanos independentistas, las cuales continuaron trabajando de forma independiente. La actuación unitaria podía exigirse sólo para aquellas cuestiones en que habían aceptado obligarse en relación con la independencia. La dirección recaía en un consejo constituido con los presidentes de todas las asociaciones miembros. Ejecutaban las decisiones de este un delegado y un tesorero, electos anualmente por los asociados. Cada asociación tenía un voto por cada grupo de 20 a 100 miembros. O sea, no era un partido clásico, sino una confederación de asociaciones civiles y políticas con una amplia base democrática.

Para José Martí, esclareció en *Patria* el 16 de abril de 1892, ninguna persona o institución debe monopolizar los esfuerzos de una República. Exclusivamente puede reclamarse alguna convicción de “unidad” en esas horas supremas de la Patria que requieren el esfuerzo conjunto de todos. Pero sólo por el periodo imprescindible y con la única intención de entregar el país a la actividad diversa de sus habitantes.

Opinaba que una República no se construye a través del predominio de una sola expresión y el silenciamiento de otras. Aseveró en *Nuestra América* que “comete suicidio un pueblo el día en que fíe su subsistencia a un solo futuro”. “Los debates continuos, brutales a puro francos, de la contienda política, robustecen en el hombre el hábito de expresar su opinión y atender a la ajena”. Estaba seguro además que ello no se garantiza con una agrupación política exclusiva y lo afirma cuando sentencia: “siempre es desgracia para la libertad que la libertad sea un partido” (Esc. México Vol II, p. 882).

Al presente tenemos independencia quizá consistente si fuera entendida como la soberanía vista desde el extranjero. Pero debemos adelantar en la soberanía del pueblo, o sea, en el ejercicio político efectivo de cada cubano. De lo cual depende, esencialmente, la auténtica independencia de la nación. Esa República de ciudadanía libre y activa, sentido exacto de la independencia para José Martí y cometido del PRC que esperaba entregarle el país a la actividad diversa de los cubanos, aún debe consumarse.

Tal vez sea hora de refundar el Partido Revolucionario Cubano, pues apremia confederar democráticamente a los cubanos que optan por ello. Además, hacerlo sin alguna aspiración de exclusividad, sino orgullosos de compartir la República con todas las posiciones ideológicas posibles, y convencidos de que mientras mayor cantidad de estas existan y mayores sean sus diferencias, más amplias y robustas serán las oportunidades de todos.

## AUTORES

---

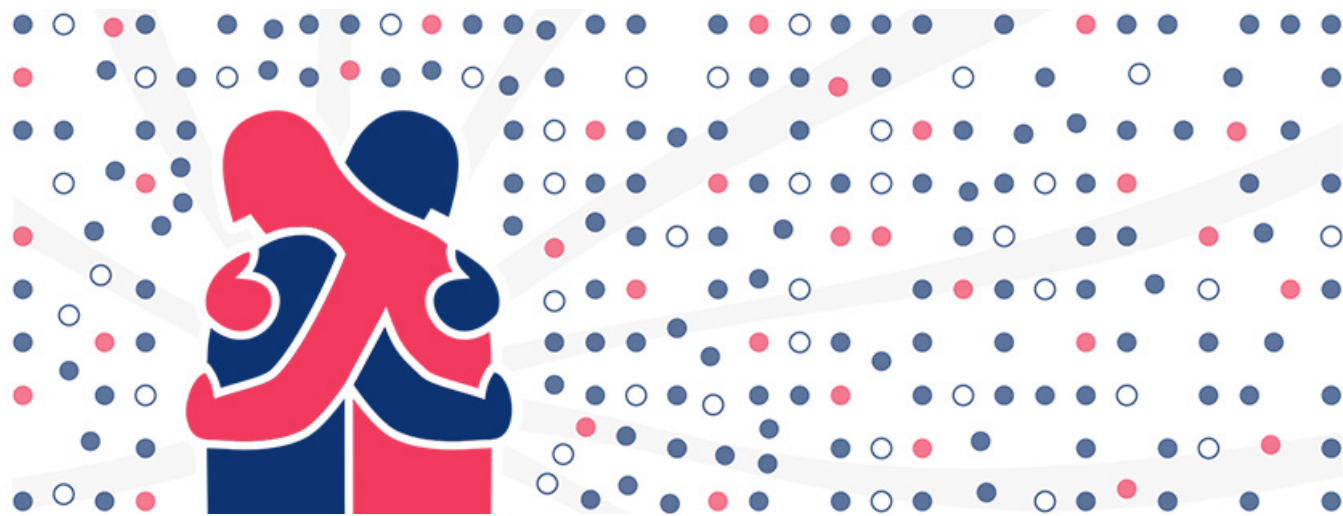
### **Jorge Ignacio Domínguez**

Doctor en Ciencias Política. Profesor jubilado de la Universidad de Harvard, donde fue vicerrector para los asuntos internacionales entre 2006 y 2015.

### **Roberto Veiga González**

Abogado y politólogo. Editor de la revista católica Espacio Laical (2005-2014) y director del Laboratorio de Ideas Cuba Posible (2014-2019). Miembro del Diálogo Interamericano y director del Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho y Políticas Públicas Cuba Próxima.





# **CUBa** **PRÓXIMA**

Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho

[www.cubaproxima.org](http://www.cubaproxima.org)

